

FIGURAS ILUSTRES

CAROLINA CORONADO, POETISA ROMÁNTICA

Pródiga Extremadura en figuras que señorean su historia sobre el palenque de la actualidad, emerge con relativa frecuencia—en la prensa interprovincial—la crónica de fervorosos recuerdos hacia el pacense o cacereño que desarrolló en alguna actividad del espíritu o sumó nuevas hazañas a los anales—hinchidos de proezas—que constituyen el pasado esplendoroso de la región centrooccidental española.

No acallados aún los ecos de la brillante rememoración del I centenario de la muerte del coloso de Extremadura, Donoso Cortés, dirigida la atención del país hacia Vasco Núñez de Balboa, el titán descubridor del Océano Pacífico, y San Pedro de Alcántara, el gran penitente, ambos llevados al bronce por el magno del cincel, Enrique Pérez Comendador, otro gigante extremeño; poseídas de noble entusiasmo intelectual las actuales generaciones de la parcela nacional—que nuevamente se han incorporado con bríos al quehacer patriótico—, resucitan la fama de una dama olvidada para hacerla el honor del justísimo tributo a que es acreedora. Nos referimos a Carolina Coronado y Romero de Tejada, tierna, exquisita y eminente poetisa romántica, que a su arrogancia y hermosura, acompañó la más fecunda inspiración en su larga existencia. He aquí una ligera semblanza de la egregia personalidad que brilló como astro de primera magnitud en el firmamento lírico del siglo XIX.

Almendralejo—la populosa capital de los Barros—donde vió la luz primera el gran poeta José de Espronceda, el vate más román-

tico y de inspiración más tempestuosa que ha tenido España, se enorgullece de que en su seno naciese el día 12 de Diciembre del año de gracia de 1823, Carolina Coronado—que a los cuatro años, hubo de trasladarse con su familia a la antigua Pax Augusta—, muy pronto conocida por su sentido plectro y por su fina sensibilidad. Bien se confirma en ella la conocida expresión de que «el poeta nace», cuando apenas contaba diez años escribió un epitafio a la muerte de una alondra—que enterró envuelta en su composición— y cuando se asomaba a la juventud publicó una composición que su inspirado coterráneo, el autor de *El Estudiante de Salamanca*, dijo que «era música de la inocencia». La vocación poética—clara, vigorosa, ardiente—de la que, con razón ha sido llamada la *Safo extremeña*, no pudo brotar más pronto.

Se ha afirmado por algunos escritores que Carolina no tuvo cuidada formación y ella misma dejó constancia de haber estudiado sólo «las ciencias del pespunte y el bordado del encaje extremeño que, sin duda, es tan enredoso como el Código latino...» Miguel Muñoz de San Pedro, pluma erudita, documentada en todo y especialmente en cuanto concierne a la región extremeña, con el relato directo que le proporcionó su tío Pedro María Torres-Cabrera y González de la Laguna, casado con Matilde, hija menor de la poetisa, afirma: «Doña Carolina fué inteligentísima, culta, de gustos exquisitos y de una belleza y arrogancia deslumbradoras. Hablaba francés, italiano, inglés y portugués. Su auténtica feminidad, su trato agradable y su charla amena, estaban levemente ensombrecidos por su carácter aunque bondadoso, autoritario y dominante, con el cual manejó siempre a cuantos la rodearon», palabras con las que el Conde de Canilleros y de San Miguel traza un ajustado retrato de la fina mujer extremeña que, cultivadora asimismo del periodismo, su nombre se hizo famoso al abundar en firma en los diarios de España, Cuba y Estados Unidos.

Su rápida celebridad se vió robustecida por el infundado rumor del fallecimiento—en verdad sufrió un ataque cataléptico—, que ocurrió en 1844, dedicándole con tal motivo sentidos recuerdos periodistas, escritores y literatos, homenajes y pruebas de admiración a la causante en el campo. «Llovieron sobre su supuesta tumba torrentes de floridas alabanzas.»

En 1844—la Coronado, después de recuperar su salud en An-

dalucía, había pasado ya a vivir en la Corte—se la hizo objeto de los tributos más delicados y encendidos, hasta el punto de que el Liceo madrileño la consagró una sesión y puso sobre sus sienes una corona de laurel con la que los ingenios románticos se rindieron devotos y entusiasmados ante la mujer—musa y artista al mismo tiempo—que deslumbraba por su belleza y talento poético una y otro extraordinarios.

No obstante, su voto romántico de la adolescencia para seguir el camino de la castidad (1), Carolina contrajo matrimonio en Gibraltar el día 6 de Julio de 1854 con el norteamericano Horacio Perry Spragne, perteneciente a la carrera diplomática y, después, primer Secretario de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, «soñador, espigado y magro, con aspecto fantasmal, arrancando de un cuento de Pos y en posesión de unos contactos ultraterrenos que le rodean de un halo levemente exotérico», según le describe el ensayista pacense Julio Cienfuegos Linares. El casamiento de Carolina Coronado con el diplomático norteamericano favoreció sin duda que aquélla escalase el mayor rango social y tuviese frecuente contacto con la realeza, llevando una vida de distinción y fastuosidad, de gran brillo en su mansión de la Quinta de la Reina, de la madrileña calle de Lagasca, a la vez centro literario y asilo de políticos, incluso republicanos. Son muchas las anécdotas que se refieren de las intervenciones decididas e intrépidas de la Coronado para avalar a conspiradores. La crónica de su generosa acogida a hombres de las letras y las artes carentes de recursos económicos también resultaría nutrida.

Así como la Coronado cifraba sus ilusiones en la poesía, su esposo las tuvo puestas en el cable submarino de Carcavelhos para comunicación telegráfica con América, negocio ruinoso, ya que representaba nada menos que una lucha contra Inglaterra, la entonces poderosa Albión, que se apropió del cable dejando en el litigio el honorable Mr. Perry buena parte de su capital. Del matrimonio Perry-Coronado nacieron tres hijos: Carlos Horacio, Carolina y Matilde. El primero murió muy pronto, de meses, siendo enterrado en la Catedral de San Isidro, de Madrid. Carolina, que

(1) Según Ramón Gómez de la Serena, la autora de *La Sigea*, formuló votos ante un altar de la Catedral de Sevilla.

falleció en plena adolescencia, a los quince años, el día 6 de Julio de 1873, permaneció embalsamada durante muchos años en un armario de la sacristía de monjas Pascualas de Recoletos, de la capital de España, y Matilde—de cuyo enlace nos hemos ocupado—sintió como la madre la llamada de la poesía y publicó versos delicados, utilizando el seudónimo de *Luz*, algunos de los cuales aparecieron en la fenecida *Revista de Extremadura*, que veía la luz pública en la capital de la Alta Extremadura.

El 22 de Febrero de 1891 muere Horacio Perry, y Carolina—que ya siempre se firmará Carolina Coronado de Perry, rinde un homenaje a su esposo, lo que no hiciera en su vida—decide cambiar su residencia por la de la Quinta de la Mitra, el hermoso palacio que poseía en Paço del Obispo, en las cercanías de Lisboa. (El cuerpo embalsamado de su marido—«el silencioso»—estuvo durante veinte años en la capilla de la magnífica finca).

Rara, extravagante, hiperestésica, epiléptica, la Coronado se recluye en su lujosa casa portuguesa, viviendo para el recuerdo, sobreviviéndose, entregada a escribir, sostener correspondencia con escritores y amigos y pasear por los cuidados jardines, pero sin tener noción del tiempo.

Alma soñadora por excelencia, ternura femenina, sensibilidad muy mensada, Carolina Coronado fué la auténtica encarnación del romanticismo y toda su producción poética lo rezuma, reflejando sentimiento e inspiración, pulcritud y elegancia. Su lirismo es sencillez y suave, amoroso y hasta próximo a lo místico. Los poemas *El amor de los amores*, *La rosa blanca*, *A un poeta del porvenir*, etcétera, pueden considerarse como ejemplos ideales de su inspirado número.

Personalidad poética, la Coronado cultivó además del ameno jardín de la poesía—del que logró más de 40.000 versos conforme ha afirmado uno de sus biógrafos—la tribuna del periodismo, el vasto campo de la novela—en el que hemos de resaltar *Jarilla*, *La Sigea*, sobre la vida de la poetisa toledana Luisa Sigea, *Paquita* y *Adoración*—, el teatro y el ensayo—principalmente la crítica, para la que mostraba sus especiales condiciones, como lo acreditó en sus *Parcelas literarias*. Muchas obras suyas permanecen inéditas.

En Portugal, el país vecino y hermano, la «saudosa Lusitania», allí en su lujoso retiro del palacio de la Mitra—ya enajenado—, se

extinguió para siempre la dulce y monagenaria Carolina Coronado. Ahora no sufrió un ataque cataléptico. Dios dispuso cortar «la más bella flor del romanticismo» el día 15 de Enero de 1911.

«En su solitaria casa de Mitra—conforme escribiera José de Siles—envuelta en los lutos de sombras queridas, lloraba sin treguas, la angelical poetisa, compatriota nuestra, acaba de remontar su alma hacia el infinito azul que vislumbraron tantas veces sus ojos soñadores.»

La ausencia de Carolina de España y Extremadura no impidió que cantase a su patria y a su región y las figuras épicas de la Conquista, lamentando con su acento lírico que Hernán Cortés no tuviese el recuerdo perenne a que era digno.

En el siglo XIX es el siglo de los poetas coronados. Devota Extremadura de su hija ilustre, quiso coronarla (2), honor rechazado modestamente por ésta en un bello soneto—dirigido al historiador Díaz Pérez—que damos a conocer a los lectores:

Una corona no, dadme una rama
de la adelfa del Gévora querido,
y mi genio, si hay genio, habrá obtenido
un galardón más grato que la fama.

No importa al porvenir cómo se llama
la que el mundo decís que dió al olvido;
de mi patria en el alma está escondido
ese nombre, que aún vive, sufre y ama.

Os oigo desde aquí, desde aquí os veo,
y de vosotros hablo con las olas,
que me dicen con lenguas españolas
vuestro afán, vuestra fe, vuestro deseo.

Y siento que mi espíritu es más fuerte
en esta vida que os parece muerte.

Don Antonio Arqueros contestó a estos versos con la siguiente poesía:

Una corona sí; traeré la rama
de la adelfa que el Gévora ha nutrido,

(2) Conocidas son las líneas que Carolina escribió reflejando su desilusión a un pariente: «La Diputación de Extremadura parece que ha tenido la idea de invitarme para que me coronen, ignorando tal vez que estoy de espigas.»

y tu genio, que es genio esclarecido,
hallará el justo premio a la fama.

Importa al porvenir cómo se llama
la que tan pronto el mundo dió al olvido;
la patria, que aún escucha tu gemido,
quiere hacerte inmortal, porque te ama.

Ella te ve lo mismo que te veo;
suyas son esas lenguas españolas
que te cuentan por medio de las olas
nuestro afán, nuestra fe, nuestro deseo.

¡Mirto y laurel queremos ofrecerte
para librar tu nombre de la muerte!

Los restos de Carolina Coronado y Sir Horacio Perry, fueron traídos por su hijo político Pedro María y sepultados en el cementerio de Badajoz.

La figura de Carolina Coronado, ha sido estudiada por el verbo elocuente de Castelar, el polígrafo Juan Valera, el escritor extremeño José Cascales Muñoz, etc. Ha merecido elogios unánimes de las más preclaras personalidades de la literatura contemporánea, sin que falte la aportación de su sobrino nieto, el genial literato creador de las famosas *Greguerías*, Ramón Gómez de la Serna, recientemente fallecido. Ultimamente, los escritores extremeños señores Muñoz de San Pedro y Cienfuegos, se han ocupado de la inspirada versificadora. Muñoz de San Pedro, en un breve y deleitoso trabajo, ha facilitado una ojeada de los libros, papeles y cartas, así como recuerdos que posee de la Coronado, brindando—en una visión panorámica—parte de lo que atesora en su rico archivo familiar y el relato autorizado que recogió de viva voz. Cienfuegos—, cronista oficial de la provincia de Badajoz—en un bien escrito ensayo, ha ejecutado un apunte biográfico que constituye el proemio de la antología de la poetisa de Almendralejo con la que se inicia en Badajoz la Biblioteca de Autores Extremeños, que tendía a ir descubriendo obras casi desconocidas o relegadas al olvido para el mejor conocimiento de Extremadura y sus figuras representativas en el campo de las letras. Sin embargo, el estudio crítico de la Coronado reclamó la atención sostenida de Alfonsa de la Torre, quien para aportar el trabajo completo—fruto de su

documentada labor—utilizó en su investigación el archivo de la casa Condal de Canilleros, pletórica de recuerdos de la ínclita mujer extremeña, según consignamos anteriormente.

Por feliz sugerencia del grupo fundacional «Gévora», creador de la revista de poesía de este nombre que se publica en la ciudad badajocense, Extremadura y especialmente Badajoz registra un intenso movimiento para honrar a Carolina Coronado. En la vanguardia figuran Almendralejo y Badajoz. Reciente está—nos referimos a la última ciudad—la inauguración del monumento, obra del escultor José Sánchez Silva, en el que Carolina aparece sentada y en la base de la estatua la leyenda: «La sensibilidad de la mujer, en tí se hizo poesía.» Evoquemos el acto con la intervención de distinguidas personalidades que consagraron su recuerdo al verbo poético del romanticismo español.

Quiera Dios que este delicado tributo sirva para que los estudiosos—extremeños y españoles—se fijen de veras en la vida y obra de la encantadora y alada dama—nimbrada por el estro—y sobre todo mujer...

Poco antes de cumplirse el cincuentenario del fallecimiento de la Coronado—la pluma erudita de Rafael Olivar Beltrán, joven maestro de la historiografía, se consagró a bucear en los recuerdos de D.^a Carolina y anhelamos la lectura de su ensayo porque sabemos de las excepcionales dotes del profesor catalán.

El agudo periodista, también catalán, José Tarín-Iglesias, dió a la estampa *La voz amorosa de Carolina Coronado*. Es este un libro íntimo, compuesto con retazos de amor, en el que surge el alma, lírica y excepcional, de Carolina, la poetisa extremeña, melancólica y retraída, románticamente coqueta.

En el cincuentenario de su muerte, Extremadura supo enaltecer a Carolina Coronado con brillantes actos literarios celebrados en Badajoz y Almendralejo, en los que intervinieron los ingenios de la vieja región y el alto poeta y Académico de la Española, Gerardo Diego.

GABRIEL Y GALÁN O LA POESÍA Y LA VIRTUD

En el risueño pueblecito charro de Frades de la Sierra, en una

casa que mira al campo, por encima de los tejados, «de padres labradores», nació el día 28 de Junio de 1870, José María Gabriel y Galán, eximio poeta que descolló en los albores de la presente centuria.

Fueron sus progenitores D. Narciso Gabriel, el *Montaracín*, propietario de abolengo labrador ganadero, al estilo de los que había y sigue habiendo en la provincia de Salamanca, y D.^a Bernarda Galán, muy aficionada a la lectura, siendo sus libros preferidos el *Kempis* y los de la *Mística Doctora*, por los que sentía verdadera predilección como buena castellana. De una belleza extraordinaria, reflejando una serenidad inalterable y claro talento, D.^a Bernarda componía «versos muy sentidos» y supo infundir su espíritu religioso en su hijo José María, que, a los catorce años, hacía versos primorosos; su primera composición [se titulaba *La aristocracia del lugar*, una serie de semblanzas de las personas de mayor relieve de su pueblo natal.

Bien formado en la Enseñanza Primaria por sus maestros don Pedro Sánchez y D. Claudio Gómez, en el orden espiritual por el presbítero D. Francisco del Canto, Gabriel y Galán ingresó en 1885 en la Escuela Normal de Maestros de la Atenas española en frase del eminente escritor vasco Manuel Bueno la «sede de la cultura española, el aula de todas las disciplinas del saber», donde cursó con aprovechamiento los estudios del Magisterio, que continuó en la Normal de Madrid, manifestándose en la capitalidad del reino su carácter caritativo y su energía y entereza cuando las ocasiones lo demandaron.

El inmortal lírico—«alto, enjuto, de facciones regulares, con expresión de serenidad melancólica y con las pupilas cargadas de ensueño»—ejerció la excelsa misión docente en las escuelas nacionales de Guijuelo y Piedrahita, de la provincia de Salamanca y Avila, respectivamente, en las que puso en práctica las ideas pedagógicas que alumbraban en su cerebro. Mas su entrega a la enseñanza sería breve. El mismo lo expuso en su autobiografía: «Dimití el cargo que desempeñaba porque mis aficiones todas estaban en el campo», al que se consagró enteramente por cifrar en éste y en el cultivo de la poesía sus anhelos.

En la parroquia de San Esteban, de la cacereña ciudad del Jerte, Galán contrajo matrimonio el día 26 de Enero de 1898 con doña

Desideria García Gascón, natural de Guijo de Granadilla, pueblo de la Alta Extremadura, hija de propietarios acaudalados. La joven señorita—encarnación de los encantos y beldades— se hallaba en posesión de las virtudes de la genuina clase labradora extremeña que Galán había de exaltar con su lozana inspiración en *Mi montaraza*.

Hermosa sin los amaños
de enfermizas vanidades,
tiene unos ojos castaños
con un mirar sin engaño
que infunden tranquilidades.

Sencilla para pensar,
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar
y honesta para decir;
robusta como una encina,
casera cual golondrina
que en casa canta la paz,
algo arisca y montesina
como paloma torcaz;
agria como una manzana,
fresca como una fontana,
roja como una cereza,
vierte efluvios de alma sana
y olor de naturaleza.

El matrimonio se trasladó a Guijo de Granadilla, donde José María tenía un tío—D. José Antonio Rivero Galán—también propietario acomodado, casado con una tía de la esposa del vate. Y he aquí cómo Gabriel y Galán trueca su ejercicio profesional por el campo, entregándose al cuidado de la hacienda de su tío, ya de edad muy avanzada. Estas faenas las alternaría con el deporte cinegético en el que se acreditó como experta escopeta. En la producción poética de Galán, algunos versos describen lances venatorios de los que fué protagonista y testigo. Bellamente lo ha dicho otro inspirado poeta: «el campo de Salamanca y de Extremadura fué el magno inspirador de este admirable poeta que por amor al campo se hizo labriego».

De cómo el campo absorbía de lleno a Galán, ha dejado testi-

monio en carta dirigida el 10 de Febrero de 1902 a su íntimo amigo don José Ibarrola—prestigiosa figura del foro cacereño y disertador escritor—a la que pertenecen estos párrafos: «la mejor parte de mi vida se la llevaban mis quereres. Otra buena parte de ella mis tareas en el campo. La tercera mis coplas. Los quereres son mi mujer y mis hijos. Mis tareas en el campo consumen casi todo el tiempo. Como que ordinariamente salgo del pueblo muy de mañana y regreso a él por la noche. Charlo por los codos con mis criados, les predico de lo divino y de lo humano, ellos me preguntan de todo, creen que yo no ignoro nada, me respetan y sobre todo me quieren. Mientras ellos trabajan es cuando escribo versos. Todos los hago en el campo, tumbado en el santo suelo, a la sombra de una encina, en la mesa de mi despacho, viendo delante plumas y chirimbolos, soy incapaz de escribir nada».

Cuando Gabriel y Galán estaba al frente de su escuela en Piedrahita—«rompió a cantar mientras enseñaba a la chiquillería y su canto fué la espléndida revelación de un gran artista»—comenzó a colaborar en la revista *La lectura dominical*, en la que dió a conocer las poesías *El destino de las flores* y *Adoración*, esta última figura en sus obras completas.

Las dos composiciones más hermosas del vate las escribió bajo la impresión de dos sucesos que dejaron honda huella en su corazón: los poemas *El Cristu Benditu*—compuesto al experimentar el gozo profundo de la paternidad, con motivo del fausto acontecimiento del nacimiento de su primer hijo el «clavelino querido del güerto»—y *El Ama*, a raíz de la desaparición de su madre.

Con esta poesía—una de las más hermosas de la lengua castellana que figura en las más cuidadas antologías—obtuvo Galán la flor natural en los Juegos Florales celebrados en la ciudad doctora el día 19 de Septiembre de 1901, presidiendo el jurado—Consistorio del Gay Saber—el Rector de la Universidad, D. Miguel de Unamuno. (En la fiesta de la poesía actuó de mantenedor D. Joaquín Costa, el león de Graus, periodista, sociólogo y pensador, que entonó un canto a la gaya ciencia.)

Las composiciones mentadas señalaron la iniciación de la brillante carrera poética del maestro rural y labrador, poeta por excelencia. El padre Tomás Cámara, Pereda, Mir, Echegaray y otras autoridades de las letras, al conocer la maravillosa elegía, afirma-

ron que su autor «era un verdadero poeta». No se equivocaron los académicos, ya que Galán conquistó la flor natural en los Juegos Florales de Zaragoza en el año 1902, en Béjar en 1903 y en la Argentina en 1904. Con harta razón pudo proclamarle maestro en *Gay Saber* el catedrático de la Universidad Hispalense, don Manuel Sánchez de Castro, que intervino como mantenedor en los Juegos Florales de su nativa ciudad de Béjar.

Poco salió Galán del pueblecito de Guijo de Granadilla en el que, por otra parte, realizó una altísima labor docente y social que rememoran agradecidos los que alcanzaron a escuchar su edificante palabra. Los viajes que verificó fueron a Frades de la Sierra, cuando una necesidad dolorosa se lo imponía, como la muerte de sus padres; a Plasencia, a la que distinguió sobremanera, y ésta le correspondió; a Cáceres, con ocasión de un homenaje en el que recitó la poesía *En la fabla del lugarejo*, y a Madrid para cumplimentar la invitación del Ateneo al objeto de que fuese conocida su producción. Es de anotar que en esta fugaz salida del poeta del Guijo—el recital se llevó a efecto el día 5 de Mayo de 1902—recibió el espaldarazo de los ingenios de la corte, a los que entusiasmó con los poemas *El Cristu Benditu*, *El Ama*, *Castellanas* y las que acababan de salir de su estro. El interés y admiración suscitados por los versos de Galán, movió a los socios de la docta casa a dedicarle un homenaje, tratándole de obsequiar con un banquete. El poeta rehusó el honor y regresó enseguida al Guijo, alegando que no podía permanecer más tiempo en Madrid, porque tenía que ir al pueblo a *regar el heno*. No cabe mayor prueba de modestia.

Gabriel y Galán murió joven como los héroes. Si no en acción heroica cual Garcilaso, sí como había vivido: ejemplar, cristianamente... Su óbito aconteció el día de Reyes de 1905. En el delirio se le oyó recitar versos sueltos de las *Coplas*, de Jorge Manrique:

Cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.

Galán exhaló sus últimos hálitos pronunciando estas palabras que merecen divulgarse: «Gracias, Dios mío, la muerte es una

bondad de Dios misericordioso que me la envía.» Así pasó a gozar de la paz del Señor el «poeta de las consolaciones», según le bautizara el P. Cámara, inolvidable Obispo de Salamanca.

La muerte del creador de *El Embargo*, fué sentidísima. Produjo una enorme consternación y exteriorización de dolor. Bien lo reflejó la prensa que entonces se publicaba. El Ayuntamiento del Guijo publicó una sentida carta que reprodujeron los periódicos y costeó los funerales—en los que pronunció una elocuente oración el Prelado de Plasencia Dr. Jarrín—, a los que asistió el pueblo en masa por el inmenso cariño que profesaban al poeta, al que llamaban su *padri*, que en su vida defendió incansable y generosamente a los humildes y preferentemente a los «miseros jurdanos». Cuenta D. Baldomero Gabriel y Galán—hermano del vate, Abogado del Estado en Salamanca—que no olvidaría jamás aquel alarido que estalló en la plaza al aparecer el féretro en la puerta de la casa, pues aquello fué tan fuerte, desgarrador, que sólo el evocarle le producía escalofrío.

Y cuando llegó la noticia de que en Salamanca se proyectaba dar sepultura a los restos de Galán en la capilla de la Universidad, al lado de los del maestro León, ¡cómo se embravecieron las gentes del Guijo que—temerosas de que pudieran arrebatárles el cadáver—, armadas de escopetas vigilaron el cementerio por espacio de muchas noches.

Gabriel y Galán—que se inició en la vida literaria en el ocase del romanticismo, al despuntar en la lírica española el renacimiento, el aura renovadora instaurada por Rubén Darío y sus seguidores Villaespesa, Marquina, Juan Ramón Jiménez y los hermanos Machado—era un poeta campesino eminentemente popular. Poeta campesino—como el francés Mauricio de Rollinat y el español Vicente Medina—, todas las escenas, todos los motivos del campo y sus hombres—con sus tragedias—que le impresionaron vivamente, las llevó al lugar versificado.

Examinado su copioso haz apreciaremos que Galán se muestra con arrobamiento místico en *El Cristu Benditu*—con este poema inmortalizó la ermita de su nombre que se levanta en las afueras del Guijo en un paisaje idílico, habiendo sido restaurada—, con ternura filial en *El Ama*, y caritativo en *Canto al trabajo* y *Mi vaquerillo*, viril en *Varón*, mariano en *A la definición dogmática de la In-*

maculada Concepción, grave, piadoso, cristiano en cuanto salió de su lira.

Al fértil númen de Blanco-Belmonte se debe este juicio sobre la lírica de Gabriel y Galán: «Sin intentar romper moldes, sin buscar innovaciones modernistas, sintió muy hondo, pensó muy alto y habló muy claro y, empleando formas clásicas, manejó gallardamente el endecasílabo y octosílabo, forjó romances y esculpió quintillas que perdurarán como modelos en florilegios y antologías.»

Galán comprendió que el espíritu de Castilla captando su paisaje, que llevó a su empeño con sinceridad y autenticidad y expresó admirablemente el temperamento de las gentes extremeñas en su dialecto en la *Fabla del lugar*; ahí están las *Castellanas* y *Extremeñas*, poemas eternos de la raza de Castilla y Extremadura, que resisten al tiempo que todo lo destruye y aniquila—siempre lozanos como brotados del más puro hontanar, desde su intimidad, de su espíritu—,de tan rico y jugoso contenido, para dirigirse a quien como él también es espíritu porque es ¡hombre!

Poeta castellano-extremeño, que produjo tantos frutos gloriosos e inmarcables, imperecederos, y que se desenvolvió principalmente en el ámbito de las provincias de Salamanca y Cáceres—la primera meció su cuna y la segunda guarda su sepulcro como la más preciada reliquia—,ambas se sienten imperiosamente llamadas a mantener viva la admiración hacia el austero poeta labrado que encarnó como pocos la inspiración y la virtud.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS